

BREVE DIGRESION

SOBRE LAS SOLEMNIDADES DEL AÑO ECLESIASTICO.

NADA mas santo ni de mayor sabiduría que las instituciones de la Iglesia: en ellas encuentra el hombre cristiano y religioso la instruccion conveniente y un continuo fomento á la piedad y devocion. En las que se dirigen á la celebridad de los misterios de nuestra religion, hallamos medios poderosísimos para una total reforma de nuestra vida y para el progreso y perfeccion en la virtud, por el ejemplar divino que la Iglesia presenta á nuestra contemplacion en sus solemnidades, y cuyas obras divinas, al mismo tiempo que nos enseñan lo que debemos creer, nos intiman lo que debemos obrar, siendo, como es, la regla indefectible del bien obrar y de toda perfeccion. En las festividades de los santos que corren por todos los dias del año, hallamos tambien un estímulo poderoso para la imitacion de Jesucristo, por la que vemos en estos héroes del cristianismo, que habiendo sido tan miserables como nosotros, supieron con el auxilio de la gracia y la práctica de la virtud, elevarse sobre sí mismos, y hollando los falsos bienes de la tierra, abrirse una carrera tan útil como gloriosa. Pero vengamos mas al asunto de esta breve digresion.

La Iglesia, regida siempre por el Espíritu Santo, y siempre atenta á la santificacion de sus hijos y á darles la instruccion correspondiente en aquella única importante ciencia del hombre sobre la tierra, presenta en cada un año á sus amados hijos el cuadro grandioso de la religion, haciendo que celebren y contemplen los misterios, ya en dias fijos correspondientes á los en que se obraron, como la Encarnacion del Hijo de Dios, su nacimiento, circuncision, presentacion, &c., ya en periodos mas ó menos largos, como el tiempo de Adviento, de Natividad y Epifanía, de Cuaresma, de Pascua, &c. De unos y de otros, pues, esta madre sapientísima formó un todo de solemnidades en séries tan bien combinadas que en el espacio de un año hace correr al alma piadosa por todos los pasos y misterios que forman nuestra religion, y repasar su historia, de manera que al mismo tiempo que tributa los debidos cultos al Señor, se instruye en sus obras, conoce sus verdades, aprende las obligaciones que le intima la misma religion, y se inflama en afectos de piedad con que mas seriamente y de un modo mas espiritual llena sus deberes. ¡Qué

cosa, pues, más sabia y de mas piedad que estas instituciones de la Iglesia? Ella como madre zelosa de la educacion de sus hijos, los toma como por la mano, y en varias épocas les muestra su religion en diversas situaciones. Allá en el Adviento les presenta al mundo en el largo espacio que ocuparon la ley natural y la escrita, esto es, desde el principio de los tiempos hasta la venida de Cristo: en él se vé la religion bajo sus primeros elementos, como dice San Pablo: se oyen los oráculos de los profetas que anunciaron al Mesías y Redentor del linage humano: se escuchan las plegarias de los patriarcas que gimen y suspiran por el deseado de las naciones, por el santificador de las generaciones, por el Redentor de los siglos, por el Justo, solo capaz de sacar al mundo de la corrupcion en que yacía y del error que lo anublaba, y ponerlo sobre los principios de la sabiduría y de la justicia. La Iglesia hace que sus hijos entren en los mismos sentimientos, pues no debieron ser privativos de aquellos hombres, sino de todos cuantos existen y han de existir en la tierra, tanto porque el Dios Salvador de los hombres debe ser deseado y suspirado de todos, como porque aunque haya venido ya, y venido para todos, cada uno tiene necesidad de hacer que venga á él por estos mismos suspiros y deseos que son los que disponen al hombre para aprovecharse de la venida de su Señor. Como esta es para la justificacion de los hombres, requiere su espectacion un espíritu de penitencia y obras digna de ella, que abran el camino á esta purificacion de las almas, y por tanto es el tiempo de Adviento un tiempo de abstinencia, de ayuno y mortificacion; tanto mas, cuanto que la Iglesia lleva tambien la mira de inspirar á sus hijos un espíritu de penitencia y de reforma con que se dispongan á esperar y recibir la segunda venida de Jesucristo como juez de los hombres.

Abre luego la Iglesia un periodo de sumo regocijo y cordial alegría con la solemnidad del nacimiento del Señor, cuya Encarnacion ya ha celebrado nueve meses ántes en el 25 de Marzo. La Natividad, pues, con toda su octava, la Circuncision del Señor, su Epifanía ó manifestacion al mundo representado por los magos que vinieron á adorarlo y á ofrecerle sus dones, y que celebra con octava cerrada y muy solemne, forman este periodo en que nuestra santa madre nos hace contemplar los mas tiernos misterios de la infancia de Cristo, y las pruebas mas dulces de su benignidad y de su amor; el verificativo de la grandiosa promesa hecha á los hombres, y en

ella el anuncio de una paz saludable que debe ser el fruto de la obra toda de la redencion, por la victoria que este Dios niño ha de reportar sobre el soberbio enemigo de Dios y de los hombres, y sobre la fatal culpa que ha hecho á los mismos hombres enemigos de Dios. El júbilo, el hacimiento de gracias, la alabanza y bendicion al Autor soberano de tanta felicidad, deben ser en esta época los afectos del cristiano, y á ello los excita su amorosa Madre, quien le sigue mostrando otros pasos y misterios del Dios niño, insinuando ademas su vida oculta y retirada, en que hajo la obediencia de sus padres crecia y avanzaba, y en cierto modo se disponia para el desempeño de su mision en la grandiosa obra de la redencion de los hombres.

Llega en efecto la oportunidad de celebrar esta empresa divina, esta riquísima tela tejida de obras admirables y sublimes misterios, y la Iglesia abre un amplio periodo que comienza en la Septuagésima y termina en la pascua con la inmolacion sangrienta de la sagrada victima. ¡Ah! ¡Que este periodo es sin duda el mas crítico é interesante! En él se vé el desenvolvimiento de las miras benéficas de Dios para con los hombres, y de las obras misericordiosísimas con que las lleva á efecto: la revelacion de los arcanos mas ocultos de la Escritura santa y el cumplimiento de las profecias; el lleno de las figuras sagradas con la realidad de un Rey eterno, de un Salvador verdadero, de un Padre del futuro siglo que por la regeneracion del Bautismo engendra una nueva progénie en el seno de su amada Esposa y madre nuestra la Iglesia, mediante el sueño de la muerte de este Esposo divino: en fin, la realidad de un nuevo sacerdocio, de una victima de infinito valor, de un templo eterno, de una nueva alianza, de un testamento que nos da por herencia el reino de los cielos. Mas como todo esto no se alcanza ni verifica sino por la pasion y muerte del Salvador, á que preceden sus trabajos y la contradiccion y persecuciones que sufre, la Iglesia, al mismo tiempo que nos lo presenta en estas duras y amargas circunstancias á que lo reducen nuestros pecados, nos excita á los sentimientos mas vivos de penitencia, á la abstinencia, al ayuno, y á todo género de austeridades, mediante las cuales se perfecciona nuestra conversion, que es el fin porque el Hijo de Dios padeció tantas y tan acerbas penas; que es el medio indispensable para alcanzar los bienes inmensos que nos produjeron estos padecimientos de Jesús; y que es tambien lo único con que podemos agradecer digna-

mente lo que padeció por nosotros y el gran bien que nos hizo. He aquí el motivo por que la Iglesia no se contenta con ménos que con una verdadera y perfecta conversion de sus hijos en este santo tiempo, y porque les abre todas las fuentes de justificacion con mas amplitud que la ordinaria. Con este fin los prepara por la meditacion de los pasajes del Evangelio mas capaces de mover á penitencia al pecador; fija á este tiempo la obligacion de recibir el sacramento saludable de la penitencia, y finalmente los congrega á la sagrada mesa, haciendo que coman el Cordero Pascual que quita los pecados del mundo, cuya sangre los defiende de la ira de Dios, y cuya carne sacrosanta los alimenta y robustece para emprender la peregrinacion por el desierto de esta vida para la verdadera tierra de promision, que es la patria celestial.

Así como el Señor en su vida mortal desempeñó la obra cuyos frutos cogió en su resurreccion, así la Iglesia despues de haberlo seguido con el espíritu en el tiempo de Cuaresma en los pasos todos de su pasion y muerte, se sienta despues con él en la pascua á disfrutar los bienes que le ha proporcionado su bondad. Muchos son, y muy grandes, los frutos que ha dado la pasion del Señor, y todos dignos de celebrarse con sumo regocijo y exquisita alegría, que es el espíritu que la Iglesia excita en sus hijos en todo el tiempo pascual. Jesucristo Resucitado; Jesucristo subiendo á los cielos; Jesucristo enviando al Espíritu Santo para la iluminacion del mundo y santificacion de los hombres, ha dado la última mano y llevado á suma perfeccion su grandiosa obra, cuyos frutos vierte ya en el seno de sus redimidos. La tierra toda se habia llenado de iniquidad y de tinieblas, de ignominia y de afrenta: Dios se escoge un pueblo con quien forma una alianza particular en sostenimiento de la verdad y la justicia, y contra el error y la iniquidad de los pueblos, con quienes no puede avenirse el Dios de la sabiduria y de la santidad; mas esta alianza era solo figura de otra alianza mas espiritual y mas perfecta, depurada de todo bien terreno en que consistia la bendicion de aquel pueblo, y dotada de la participacion de los bienes eternos, que son la recompensa del cristiano: enriquecida ademas con una plenitud de conocimiento y revelacion de la verdad eterna, de los altos misterios del Señor, de su virtud y santidad, comunicable á los hombres por la gracia, que hacen al cristiano mas apto para unirse á su Dios y aliarse con él contra la soberbia y malicia del enemigo comun, y contra el error y la iniquidad del mundo.

El padre de familias rico en bienes de gracia y de naturaleza que desea derramar sobre sus hijos, no encuentra en todas las naciones quien sea digno de optar tan opulenta herencia, por la torpeza con que se hundieron todas en la idolatría y en los vicios; instituye por tanto su Testamento en favor de aquel pueblo escogido á quien hace desde luego su magnífica promesa; mas como aun no es llegado el tiempo de derramar sobre él en toda plenitud los bienes de gracia, figura esta herencia eterna con la temporal de la tierra de promisión, y sanciona y sella este pacto con la sangre de un Cordero que también es figura de la que había de santificar y sellar el Testamento nuevo. Llega la plenitud de los tiempos; el Mediador del Testamento aparece en la tierra y va á ofrecer su sangre; la figura va á desaparecer con la realidad, y el mismo pueblo en quien se ha figurado el Testamento eterno y la entrada á la herencia, la hubiera logrado, pues en su favor se hizo la promesa; pero se rebeló contra el Padre de familias, tumultuó contra el Mediador del Testamento, Hijo natural, primogénito y heredero principal de Dios; le quitó la vida ignominiosamente, desoyó su palabra, despreció su promesa, renunció su herencia, y todo lo perdió, porque terminada la figura del viejo Testamento, otro pueblo de adquisición entró en la herencia del Testamento nuevo, y este se instituyó en favor de la Iglesia universal, católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvación: la alianza exige de los fieles el cumplimiento de la nueva ley; y el Testamento una conducta propia de un hijo fiel y obediente á su padre.

También la ley de gracia estaba figurada por la ley escrita: esta se había dado al pueblo de Israel; pero llegado el tiempo de la promulgación de la de gracia, terminó aquella, no en los preceptos de las dos tablas que son invariables y lo fueron de la ley natural, así como son la base de la de gracia; sino en todo lo demás peculiar de aquel pueblo, como sus ritos, ceremonias, y otras reglas y preceptos que lo constituían en lo eclesiástico. La ley de gracia, pues, con toda la amplitud y perfección que le da la moral del Evangelio viene á llenar la felicidad del cristiano, y á hacerse con la fé el medio indispensable para optar la rica herencia de los cielos, así como lo es para la justificación y santificación de los hombres.

La Iglesia de Cristo estaba figurada en la antigua sinagoga, y el pueblo cristiano en el pueblo judío, y una y otra Iglesia, y uno y otro pueblo en la muger legítima y en la esclava concubina de

Abraham, y en el hijo que cada una de ellas tuvo de este padre venerable de los creyentes. En Sara, muger legítima de Abraham, se figuraba la Iglesia cristiana, y en Isaac, su hijo de promisión, el pueblo cristiano hijo fiel de la Iglesia. En Agar, esclava y concubina de Abraham, se figuraba la sinagoga, y en Ismael su hijo el pueblo israelita. Levantóse la esclava contra su señora; el hijo de la esclava contra el hijo de promisión; y Dios mandó á Abraham que echase fuera á la esclava y á su hijo, para que su verdadera esposa y su hijo legítimo gozasen de la libertad y del honor que les eran debidos. Esta figura se llenó perfectamente en el tiempo de la muerte del Salvador: la esclava sinagoga y su hijo el pueblo judío que persiguieron á Cristo y á su Iglesia, fueron echados fuera, y la Iglesia con su hijo esclarecido, puestos en posesion de la libertad y los bienes que les correspondían. He aquí la época mas feliz del mundo. La joven Esposa del Cordero sin mancha aparece en la tierra y toma posesion de aquella casa que á poco ha de llenar en todos sus ámbitos. Pero su nacimiento y la alta dignidad á que es elevada exige la explanation de otra figura.

Fué esta la de la formación de Eva de la costilla de Adán. Queriendo Dios dar á Adán una compañera, una esposa, de quien se procrease toda la especie humana, envió á Adán un sueño profundo, y mientras que dormía, tomó una de sus costillas y fabricó de ella á la muger, inspirándole la alma racional, con que la hizo un sér solo diferente de Adán en el sexo, mas de la misma especie, y la presentó á Adán para que la tomase para sí, y de ella engendrarse toda la especie humana. He aquí, dijo Adán, la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará Virago, porque ha sido formada del hombre: por la muger dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su muger, y serán dos en una carne. Esta fué la figura de la obra de infinita dignación que hizo el Hijo de Dios en beneficio de los hombres. Jesucristo es el segundo Adán; segundo por ser Hijo del Hombre y por haber venido al mundo despues que el primero; mas primero por la dignidad de su persona, por la excelencia de su despojo, por la espiritualidad de su regeneración, por la santidad de sus hijos. Este segundo Adán, este Padre del futuro siglo había de tener una esposa digna de él, de quien procrease los hijos de adopción, cuya generación es toda espiritual y de gracia. Llegóse el tiempo en que debía tener efecto esta altísima disposición de Dios, y envió al Dios hombre un sueño profun-

do, esto es, el sueño de la muerte que durmió en la cruz. Apenas muere el Salvador, cuando la lanza de un soldado se enarbola y hiere su costado, abriendo una ancha puerta, por donde salen sangre y agua: he aquí la esposa del segundo Adán: en la sangre y el agua que salen del costado de Cristo se contienen los santos sacramentos de que se forma la Esposa, pues por el Bautismo adquieren los hombres el sér de hijos de Dios, que perfeccionan y alimentan con los demas sacramentos hasta llegar á nutrir su ser espiritual con el mismo cuerpo y sangre de su Padre Jesus: la congregacion de estos hijos es la Iglesia Esposa de Cristo, en cuyo seno se conciben y nacen los fieles y dichosísimos hijos que forman la larga descendencia que dió Dios á su Hijo en premio y recompensa del sacrificio que hizo de su vida por estos mismos hijos. Si pusiere su alma por la destruccion del pecado, tendrá una larga descendencia que correrá por todos los siglos, dijo el Señor por Isaías. ¡Oh Dios, y qué obra tan sublime! ¡Qué felicidad tan llena y tan perfecta la de estos hijos que se encuentran con un sér todo divino, debido al sacrificio de su Padre, cuya resurreccion viene á completar el gozo y la gloria de la esposa y los hijos, los cuales en cada año renuevan en la pascua la feliz memoria de tan gran beneficio!

Pero aun hay mas. Como el Hombre Dios vino á establecer en la tierra un culto digno del Dios del cielo, por el que los verdaderos adoradores adoran á Dios en espíritu y en verdad, erigió en su Iglesia un templo todo espiritual y místico, de que fué figura el templo de Salomon, erigido en la sinagoga para tributar al Señor el culto que por entónces le ordenaba. La figura fué verdaderamente suntuosa: la fábrica se hizo de las piedras mas exquisitas y de las mas ricas maderas: no se oyó en ella el golpe del martillo ni del cincel: su interior estaba cubierto de láminas de oro, y en el centro se hallaba el Sancta Sanctorum, en que se depositaba la arca del Testamento, que contenia las tablas de la ley y la vara de Aarón: el altar de los sacrificios estaba formado de doce piedras cuadradas, y sobre él se sacrificaban las hostias pacíficas y de expiacion, con todos los demas sacrificios que por sus ritos observaba aquel pueblo: hácia un lado estaba el mar de bronce en que se lavaban las víctimas, y hácia otra parte el gran candelero de las siete luces: sobre una mesa estaban de continuo los panes de proposicion que se renovaban de ocho en ocho dias. De la carne de las víctimas se alimentaban los sacerdotes, y participaban tambien los

que las ofrecian: y el pueblo todo adoraba al Señor en este templo, no siéndole lícito adorarle con culto solemne ó público, ni sacrificarle en otro sitio. Al sacerdocio estaba consagrada la familia de Aarón, y la tribu de leví servia en los ministerios inferiores: habia sobre todos un pontífice sumo, á quien solo era lícito entrar una vez al año al Sancta Sanctorum, para ofrecer el incienso. Basta ver esta figura para conocer por ella la realidad establecida por Jesucristo. Por su institucion el culto se hace mas espiritual y sagrado: los verdaderos adoradores adoran ya al Señor en espíritu y en verdad: en cada uno de ellos tiene un templo, como dice San Pablo: "El templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo." Por donde quiere se alzan templos á honor del verdadero Dios y de su Hijo Jesucristo; mas estos templos materiales, aunque en efecto son verdaderos templos en una religion en que se ofrece visiblemente la sagrada víctima y se desempeñan todas las funciones del ministerio santo, y todo lo que demanda el culto externo con que una Iglesia visible y corporal tributa al Señor los debidos homenajes, con todo en sí mismos son templos materiales capaces de destruirse, de ser profanados, y siempre fundados para el tiempo, esto es, que son temporales; y el templo de Dios debe ser un templo eterno, incorruptible é incapaz de destruccion ni profanacion alguna. Así es que á nuestros templos los llama San Agustin, "casa de nuestra oracion." No por esto decimos que no sean verdaderos templos dignos de Dios, y en que se le tribute un verdadero culto; pero sí hallamos que aunque para el culto externo de la Iglesia militante llenan todo su objeto, no paran en esto las miras y la operacion de Dios; sino que él hace que estos templos no solo tengan el fin de prestarle y rendirle sagrados homenajes, sino que sean como unos talleres en que se labren las almas de los fieles con doble fin: el uno, que en cada una de ellas se labre con la gracia, la caridad y las virtudes un templo para Dios; y el otro, que labrados de este modo entren en la construccion del templo eterno de la gloria, el cual es ya indestructible, eterno, incorruptible, é incapaz de profanacion alguna; de modo que de los fieles hijos de la Iglesia se forma un templo santo y espiritual; pero temporal y transitorio hasta que pasan del tiempo á la eternidad, de la tierra al cielo, de Iglesia militante á Iglesia triunfante. Las piedras, pues, del templo eterno de la gloria son las almas fieles y virtuosas: durante el tiempo de esta vida se labran con la cruz y los trabajos, con la penitencia y el ejercicio todo de la vir-

tud, y con tales disposiciones están formando el templo espiritual en que habita Dios por su gracia, y conforme estas almas se van labrando y van pasando del tiempo á la eternidad se va formando de ellas el templo del cielo, en que habita Dios por gloria. Mas este templo nada sería sin su cabeza espiritual que es Cristo; él es la piedra angular de este sacratísimo edificio en la cual se unen sus partes y sin la que se vendría abajo todo el edificio; esto es, no se pudiera edificar. Es también la piedra fundamental, sobre que se erige esta Iglesia magnificientísima, contra la que no pueden prevalecer las puertas del infierno. A este fundamento divino ha agregado el Señor la piedra fundamental de la confesion de Pedro: confesion en que estaba contenida toda la de la Iglesia universal, pues la profetia su cabeza visible, á quien dijo el Señor: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia." Mas no solo es Cristo piedra fundamental y angular de este templo sacratísimo, sino que él mismo es el templo, pues como dice San Juan en el Apocalipsis, "No vió templo en la ciudad santa por que el templo es el Señor Dios omnipotente y el Cordero." Esto no destruye lo que llevamos dicho, sino que así como los santos son el cuerpo místico de Cristo, que forman un todo con su cabeza Cristo, así son con él un templo, y sin él no lo serían; fuera de Cristo es como la habitacion de todos los que se alegran; esto es, de todos los bienaventurados; y con respecto á Dios sabemos que en la humanidad de Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, porque en Cristo no hay mas que una persona y esta es divina, la cual es la del Verbo que está siempre con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y por circuminseion, por la cual todo el Padre está en el Hijo y en el Espiritu Santo, todo el Hijo está en el Padre y en el Espiritu Santo, y todo el Espiritu Santo está en el Padre y en el Hijo; y en la humanidad de Cristo se tributa á Dios un culto plenísimo y perfectísimo, porque ella es santa por naturaleza, y santa por toda plenitud de gracia y de santificación; pues á ella vino toda la fuente de santificación con todos sus dones, gracias y virtudes; y el espíritu del Señor descansó sobre él. ¡Oh magnífico templo! ¡Oh templo verdaderamente digno de Dios, en quien no puede darse demérito alguno, y en quien se encuentra suma perfeccion y excelencia!

No debia ciertamente ofrecerse en este templo excelso otra víctima que la que se ofreció una vez cruentamente en el Calvario. En efecto, el mismo Hijo de Dios hecho hombre es el altar, la víctima

y el sacerdote eterno que la ofrece. A la variedad de sacrificios y hostias de la antigua ley se ha substituido una sola víctima, una sola hostia; pero ofrecida por diversos fines. Con ella protestamos el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas de un modo digno de Dios, pues le ofrecemos un sacrificio de infinita excelencia: con ella retribuimos á Dios tanto cuanto nos ha dado, pues sin mismo Hijo es nuestra oblacion: por ella satisfacemos con un precio infinito una deuda infinita: por ella, en fin, impetramos los auxilios poderosos de la gracia y todo don y disposicion benéfica de la providencia de Dios. Ofrecese esta víctima en la Iglesia por ministerio de los sacerdotes, á quienes el Señor ha conferido su sacerdocio mismo y la potestad que les da sobre el cuerpo y sangre de Cristo. Sin embargo, el mismo Cristo es el oferente principal, gran sacrificador y pontífice sumo, que invisible para nosotros, pero visible y patente para Dios, entra al Sancta Sanctorum de sí mismo, que es aquel mas amplio y perfecto tabernáculo de que habla San Pablo, y que no es hecho por manos de hombres, sino por la virtud del Altísimo; esto es, que no fué concebido por el órden comun de la naturaleza, sino por obra del Espíritu Santo. Entra también por su propia sangre y no por la de corderos ú otros animales, como los que se sacrificaban en el templo de Jerusalem y que figuraban y presignaban esta víctima sagrada. En este templo se encuentra el mar de las misericordias del Señor; que recibiendo la sangre del Cordero sin mancha, obra por ella la purificación de las almas. Hallanse también los siete brazos y las siete luces del gran candelero en los siete dones del Espíritu Santo, que alumbrando á los hombres perfeccionan y facilitan en ellos las virtudes morales; y los siete sacramentos que justifican al hombre por una gracia, que es una misma en especie; pero que se diversifica en sus efectos. Se encuentran, por último, las tablas de la ley eminentemente en Cristo, que es el arca soberana del nuevo Testamento, y se hallan también en los corazones de los fieles por su perfecto cumplimiento; y hállase en la misma arca la virtud divina que obra portentos y maravillas, ya por sí misma, ya por la fé de los santos. Aun en el templo eterno de la gloria ejerce Jesucristo el sumo pontificado, presenta á su Padre celestial las llagas que recibió por nuestro amor, y que conserva en su cuerpo sacratísimo, y ora por nosotros; siendo á su Padre celestial la tierra todo cuanto necesitamos ó nos es útil de los bienes de gracia y de naturaleza. La soberana reina

de los Angeles y de los hombres, y verdadera Madre de Dios humanado, es ciertamente la piedra mas rica y mas valiosa de este suntuosísimo templo: ella se labró á expensas de toda plenitud de gracia y santificación que puede caber en una pura criatura, y al hierro y fuego de la mayor tribulación y mas acerbó dolor que pudo sentir jamas el espíritu y el corazón de la que solo cede el lugar al hombre Dios, y es sobre todos los hombres. Ella entra en la construcción de este templo, y coopera con Cristo para nuestro bien como nuestra medianera, abogada y madre.

Tiene un lugar especialísimo en este angusto templo la cruz adorable del Salvador del mundo: ella se halló presignada en el árbol de la vida, plantado en el medio del paraíso: por ella venció Cristo á nuestros enemigos, y ella es la arma poderosa de que debemos usar si queremos vencerlos. Ella es además la que nos libra para hacernos imágenes de Cristo á fin de que por su semejanza y consorcio seamos reconocidos por suyos, y entremos en la construcción del templo eterno. Necesaria nos es esta semejanza con Cristo, pues de otro modo no podremos ser tenidos por sus hermanos, ni entrar á la parte con él en la herencia del reino de los cielos. Es también la cruz la que obra el milagro de la conversión de los hombres presignada en aquellos dos golpes con que hirió Moises en el desierto la piedra que manó largas y abundantes aguas, en que se significa la penitencia. Es, por abreviar, la cruz el principio de nuestra salud y de nuestra vida, figurada en la serpiente que levantó Moises en el desierto, y á cuya vista sanaban los que habian sido heridos de la venenosa mordedura de las serpientes, librándose por este medio de la muerte. ¿Cómo podremos describir todas las excelencias de la cruz? Ella es la cátedra en que enseña Jesucristo á los hombres las doctrinas mas sábias de la moral y de la perfección evangélica: es el trono en que se sienta á gobernar su Iglesia, y el cetro con que rige á los hombres, y que como un signo el mas respetable ha colocado sobre las cabezas de los reyes: es, finalmente, el gran signo que aparecerá en el cielo en el gran día del juicio universal, para que á él se comparen los hombres todos, para discernir y separar á los que son conformes á ella de los que no lo son, haciendo que los primeros rengan bajo el cetro de oro de la misericordia y del amor de Dios, y los segundos caigan bajo el cetro de hierro de la justicia y del castigo eterno.

Así como el sacrificio del altar estaba figurado en el antiguo Tes-

tamento por el pan y vino que ofreció el sacerdote de Dios, Melchisedec, á lo vuelta de Abraham de la batalla que ganó y en que recobró á Lot con toda su familia y hacienda, así también la reservación del Santísimo Sacramento se figuraba en la reservación de los panes de proposición que de continuo estaban sobre el altar en el templo de Jerusalem, renovándose de semana en semana. Figurábase también la comunión del angusto Sacramento al pueblo cristiano en la participación que se daba de la víctima á los que ofrecían, tomando el sacerdote para sí la parte que le concedía la ley, y dando á los oferentes lo demas. Esta divina víctima, este pan celestial es el tesoro mas inestimable y la presea mas rica que tiene y puede tener la Iglesia de Cristo: en él posee la prenda mas segura de la gloria, pues el mismo Dios hombre que es allá las delicias de la Iglesia triunfante, es aquí el consuelo, defensa y sostenimiento de la militante. Con su Esposa y sus hijos hace aquella vida sacramental, que le presta el medio de hacernos compañía y estar con presencia real con nosotros hasta la consumación de los siglos. En esta Iglesia solamente podemos servir á Dios y prestarle un culto que le sea aceptable; y no nos es lícito pertenecer á secta alguna ó buscar fuera de la Iglesia el servicio ó culto de Dios; porque tal servicio y tal culto fuera de la Iglesia cristiana no lo son, sino una abominación horrenda á los ojos de Dios.

He aquí el magnífico templo del Dios de la verdad y de la santidad: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; él ama la sabiduría: ellos serán el verdadero pueblo de Dios, y el mismo Dios con ellos será el Dios de ellos." ¡Ah! él es nuestro Dios y nuestro rey: ru reino no es de este mundo; esto es, no es civil y político ó de la esencia y constitutivos que los reinos del mundo; pero obra sobre todo, y todo lo somete bajo su disposición soberana: se ejerce sobre las almas; pero por ellas rige también los cuerpos: no es temporal; pero obra en el tiempo y sobre los viadores: aquí trabaja, allá celebra la victoria y goza de sus frutos. Por eso estuvo figurado por dos reinados célebres; el de David y el de Salomón. En el primero se nos representa el reino de Cristo en la tierra, los trabajos, las persecuciones, la continua batalla en que es menester estar contra los enemigos que quieren despojarnos de nuestra porción, la rebelión de los súbditos y aun de los mismos hijos del reino; y todo esto superado por la paciencia, la constancia, la fortaleza, la magnani-

midad de un rey cuyo corazón era á la medida del corazón de Dios. En el segundo, la suma abundancia, riqueza y magnificencia, el resplandor de la magestad y la grandeza, el brillo y crédito de la sabiduría, el resplandor de la corte, la paz y tranquilidad de todo el reino, las sublimes cualidades del rey, la opulencia de su hacienda, la riqueza y magestad del templo, el decoro y solemnidad del culto, todo, todo nos representa el reino eterno de Cristo.

Tantos son y tan grandiosos los objetos que celebra la Iglesia en este tiempo. La muerte del Salvador lo ha obrado todo; y su resurrección hace que tenga su verificativo, pues todo se renueva y vive, ó por mejor decir, todo adquiere nuevo ser y nueva vida con la resurrección del Salvador. Su ascension á los cielos á los cuarenta dias de resucitado da á la Iglesia triunfante la posesion del reino celestial, y la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, complementa y perfecciona la fundacion del reino de Cristo en la tierra; es decir: existen ya la Iglesia triunfante en los cielos gozando del descanso eterno y disfrutando todos los bienes y felicidades de la patria; y la Iglesia militante en la tierra trabajando para merecer la gloria y sufriendo todas las penalidades temporales que son propias al estado de viador. Esta misma Iglesia, sin embargo, se goza de los bienes de gracia que posee y se congratula con la Iglesia triunfante, acompañándola en el cántico eterno de alabanza con que bendice las misericordias del Señor y ensalza las grandezas de su Cristo. He aquí el espíritu que la Iglesia quiere de sus hijos en las solemnidades pasuales. Ella quiere que suban en espíritu con el Triunfador magnífico del pecado y de la muerte: que celebren su triunfo: que con su cabeza soberana tomen posesion del reino; y que mientras llega la real fruicion de este sumo bien, sea su conversacion en los cielos, y todo su anhelo se dirija á buscar y solicitar los bienes eternos: ella quiere que en los dias de Pentecostés se recojan sus hijos á recibir la gracia del divino Espíritu mediante la oracion, y la participacion de los sagrados misterios, para que se desarrollen y obren mas en sus almas los dones del Espíritu Santo que se les infundieron en el bautismo.

En la Nona del Sábado de la octava de Pentecostés termina el tiempo pasual, y la Iglesia celebra inmediatamente la fiesta del misterio altísimo de la Santísima Trinidad, como para representarnos que el fin de toda la grande obra de la redencion y justificacion, y su resultado feliz, es que entremos en el gozo eterno de Dios en que

le alabemos sin fin. Por eso esta fiesta tiene en todos los Domingos una octava perpetua que jamas se cierra, pues este dia consagrado con la resurrección del Salvador, y substituido ademas en la solemnidad del Sábado que celebraban los judíos, es por excelencia el dia del Señor, y por tanto se llama *Dominica Dies*, esto es, dia del Señor. Despues del tiempo pasual sigue un periodo que dura hasta el principio del Adviento del siguiente año eclesiástico: en él no se celebra ya algun misterio del Señor, y parece que lo que nos denota es el estado presente de la Iglesia, que dedicada al servicio y culto de Dios, permanecerá sin otra alguna mutacion hasta la consumacion de los siglos. El Juéves siguiente al Domingo en que se celebra la fiesta de la Santísima Trinidad, se celebra la del Corpus; pero esta es ya una festividad establecida para mas solemnizar la institucion del Santísimo Sacramento, que se celebró el Juéves Santo.

La Iglesia no puede olvidarse de las solemnidades de María nuestra coredentora: ella la celebra en diferentes dias que oportunamente se le han asignado en el año eclesiástico. Su Concepcion en gracia á 8 de Diciembre; su Natividad, nueve meses despues, á 8 de Septiembre; su Dulce Nombre, en el Domingo infraoctavo de esta fiesta; su Presentacion al templo, á 21 de Noviembre; sus Desposorios, á 26 del mismo; su Anunciacion, á 25 de Marzo; su Visitacion á Santa Isabel, á 2 de Julio; su Maternidad divina, esto es, el nacimiento de Jesucristo su Hijo, á 25 de Diciembre; su Purificacion, á 2 de Febrero; sus Dolores, en el Viérnes de la semana de Pasion; y su gloriosa Asuncion á los cielos, á 15 de Agosto.

Justamente celebra la Iglesia á la Santísima Virgen en todos los pasos de su vida, en todos los misterios en que interviene, en todas las gracias y prerogativas con que el Señor la exaltó y engrandeció su nombre; porque ella es á quien despues de Jesucristo podemos decir que debemos nuestro bien: el mismo Hijo de Dios en cierto modo le es deudor; pues la humanidad sacrosanta que de ella y en ella tomó, es en cierta manera un bien que á ella debe; y con tanta mas excelencia, cuanto que no como quiera prestó la Santísima Virgen la substancia de que se formó el cuerpo de Cristo, sino que la prestó con iluminado conocimiento y espontánea y grata voluntad, y de un modo tan perfecto, que no solo concibió al Hijo de Dios en su seno, sino que por la gracia y por la caridad le concibió primero en su mente. Cierito es que, en realidad hablando, no hay cria-

tura alguna á quien Dios pueda ser dendor, y que no haya recibido de su mano todos los bienes que despues lo ofrece: cierto es que es propio de la divinidad el no necesitar de bien alguno de sus criaturas, y que cuantos existen son suyos y de ella proceden: cierto es que la criatura está obligada á servir á su Dios, y que si Dios le pide, le pide como Señor y dueño soberano de ella misma, de los actos de su voluntad y de los bienes que quiere que le dé; de modo que una petición de Dios á su criatura es un mandato soberano, á cuyo obediencimiento no debe negarse la criatura; pero la bondad de Dios es tal, que acepta como un don gratuito lo que le ofrecemos; mucho mas si se hace con una voluntad gustosa y conforme en todo con el querer divino. Cuan perfecta haya sido en esta parte la voluntad de Maria, sábelo el Dios omnipotente que la formó para sí, y depositó en ella los tesoros inmensos de su gracia y bendición.

Buena prueba es de lo que acabamos de asentar el anuncio que desde el principio de los tiempos se hizo al mundo de esta muger incomparable; pues, si nos es lícito hablar de esta manera, en ella vinculó el Señor todo el remedio de los hombres y toda la restauración del honor divino, insultado por la soberbia del demonio, y atrozmente ofendido por la desobediencia de Adán y Eva. Aquel Dios omnipotente que podia haber confundido al ángel y al hombre con una obra asombrosa de su poder soberano, en que les hiciera sentir los efectos terribísimos de su ira divina, parece que se olvida de su omnipotencia, y se acoge todo, por decirlo así, á lo que ha de obrar con su asistencia una sola muger. Ella es en efecto la que el Señor nombra por su adalid para que venga sus ultrages, haciendo saber al príncipe infernal que la soberbia toda de su erGUIDA cerviz seria humillada bajo la tierna planta de esta muger, tan fuerte y poderosa que quebrantaria su cabeza, triunfando de su poder y de su astucia. ¿Mas de qué modo se verifica esto? ¿Acaso pondrá el Señor bajo su mando toda la milicia y bélico aparato del Dios de los ejércitos? ¿Vibrará esta heroína el rayo destructor que Jehová enciende en el fuego de su furor y de su indignación? ¿Conmoverá los cielos y envolverá á la tierra y los abismos en diluvios de llamas? ¡Ah! que no es eso lo que ha de engrandecer al Dios del cielo, y exaltar la diestra soberana con que da á su criatura que desempeñe una obra digna de la alabanza de los ángeles y de todo el agrado de su Dios. La obediencia, la obediencia de Maria; la obediencia perfecta que se funda sobre la humildad y se identifica

con ella es el medio poderosísimo y la arma irresistible con que una sola muger, una vírgen tierna y modestísima da cabo á una empresa capaz de confundir á todo el poder de la tinieblas y de restaurar de un modo mas sublime toda la obra de un Dios, echada á perder por la astucia y malicia del demonio.

En efecto, Dios, que no necesita del poder de los hombres para hacer cuanto quiera, necesita, si se puede decir, de su obediencia para llevar á efecto las empresas que, por los fines de su altísimo consejo, se han de verificar por ministerio humano. Allanado este obstáculo, prestada esta obediencia, docilitada la voluntad del hombre, nada hay que impida el desarrollo del poder divino, que pone en la acción de su criatura toda la fortaleza y el poder soberano de su diestra; y esto es lo que puntualmente se verificó en esta obra sublime desempeñada por Maria. El Señor la poseyó desde el principio de sus caminos: la voluntad de Maria en la mente de Dios era una voluntad resignada en el querer divino, y de todo punto conforme con las disposiciones de su Dios: contaba el Señor con esta voluntad, y nada hay ya que pueda embarazar su empresa. ¿Es necesario para el efecto de una obra en que se compiten el poder, la sabiduría y el amor de todo un Dios, que su criatura sea preservada de la culpa original, llena de gracia en toda plenitud, y enriquecida de todas las virtudes, dones y carismas del Dios de la santidad? No hay embarazo: todo lo puede Dios, y esta criatura es privilegiada con una santificación inmensa. ¿Es necesario preservarla de toda culpa personal, aun del menor defecto, y que crezca en la gracia de su Dios á un grado como infinito y solo conocido de la inteligencia divina? Hágase, dice Dios. ¿Es necesario sublimarla tanto que, sin dejar de ser pura criatura, venga á ser hecha verdadera Madre de Dios verdadero, sin detrimento de su virginidad, sin concurso de varon, y por una obra de Dios? Sea así en efecto, dice el Dios de la grandeza y de la magestad; no solo mis tesoros; no solo mi providencia paternal; yo mismo me haré hombre en las entrañas de esa vírgen; me haré su verdadero Hijo y la haré á ella mi verdadera Madre. Ella consiente; su voluntad es mia, y esto me basta. ¿Es necesario dotar de tal virtud y fortaleza á esta Madre amorosa de su único y delicado Hijo que pueda asistir á su sangriento sacrificio en el Gólgota, prestando para él su consentimiento, padeciendo con él, y estando tan conforme su santa voluntad con los decaetos del Eterno, que quisiera positivamente lo

que Dios quiere y como Dios lo quiere, y cuanto Dios lo quiere? Mi virtud soberana, dice el Señor omnipotente, la asistirá en este trance: su voluntad es mía, y su existencia corre de mi cuenta. Y bien, ¿qué se ha hecho con todo esto? La obra de Dios que para la salud del humano linaje y confusion y rabia del infierno, decretó Dios desde la eternidad y anunció al mundo en su principio: aquí se ha visto la valerosa Judith degollando al infernal Holofernes: aquí se ha visto la prudente Abigail desarmando la ira del Rey soberano del cielo y de la tierra: aquí se ostenta la agraciada Ester salvando del exterminio á su amado pueblo: aquí se vé á María, á una pura criatura cooperando á la reparacion de la obra de su Criador soberano; á la redencion misericordiosísima de todo un mundo, esclavo del demonio y del pecado; á la santificacion de unas almas oscurécidas del error, pagadas de la lepra del pecado; á la resurreccion, á la nueva vida, al engrandecimiento de los hombres, á su exaltacion en la gloria. Por ella el hombre caido en el paraíso terrenal, es repuesto al paraíso celestial; y el cántico de alabanza y bendicion con que los redimidos engrandezcan las misericordias de su Dios Salvador, no olvidará las glorias de María.

¿Mas quién es capaz de contemplar la inmensidad de gloria con que el Dios liberal y magnífico que impera en las alturasha recompensado la humildad y obediencia de María? El mismo la hizo el medio de que para la reparacion de su honor ofendido usó el soberano Mediador que en sus entrañas se hizo hombre, y este honor restaurado recompensa á María con una grandeza y liberalidad propia de un Dios. Aquel que no se tentó el corazon para expensar á tanta costa la obra de su misericordia y de su amor, tampoco se lo tiento para premiar segun su grandeza á aquella alma sublime que nada supo negar á su Dios.

El pone en sus manos los tesoros inmensos de gracia y bendicion con que quiere enriquecer á los hombres, para que por su conducto recibamos los bienes todos de naturaleza y de gracia, pudiendo decir de ella lo que Salomon de la sabiduria: "Viniéronme con ella todos los bienes, y un ennoblecimiento inestimable." Ella es la protectora universal de toda la Iglesia, y no hay clase ó condicion de personas que no sientan los efectos benéficos de su intercesion piadosísima. Al fin es nuestra Madre, y desempeña para con nosotros todos los números, todos los oficios de una Madre celosísima de nuestro bien. ¡Qué mucho, pues, que la Iglesia consagre á sus fes-

tividades varios dias en el año, y que la celebre en sus advocaciones devotísimas? ¡Qué mucho que la honre con un oficio propio, y especialmente con el del día sábado, día que está con particularidad dedicado á su veneracion? ¡Qué mucho, finalmente, que bajo su título gloriosísimo se consagren en toda la cristiandad tantos templos, se funden tantas religiones, y canten sus alabanzas sus devotos coros? Es, pues, preciso confesar, que siendo tantos los dias que le están dedicados en el año eclesiastico, es y será siempre laudabilísimo que se consagren muchos mas á sus solemnidades.

Los demas dias del año que no ocupa la Iglesia con estas solemnidades y sus octavas, los consagra á celebrar el triunfo de los mártires de Cristo, y la preciosa muerte de los santos, que es en ellos el nacimiento á una vida eterna y bienaventurada. En sus oficios nos da noticia de sus heroicas virtudes y de los pasos de su vida mas propios para edificarnos é informarnos en el amor de la virtud. Solemniza mas las fiestas de aquellos santos que mas resplandecieron en virtud, y fueron escogidos por Dios para ministerios mas altos y mas en favor de la Iglesia. De tal clase son las fiestas de Señor San José, de San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles, de los Santos Doctores de la Iglesia y fundadores de religiones, siguiendo en mas ó ménos grado las de Santos Papas, Obispos, Confesores y Vírgenes y de otros estados; siendo unos de celebridad universal en la Iglesia, y otros propios de ciertas naciones y aun provincias. Justo era que aquellos héroes de la religion, que con el sacrificio de sus vidas ó con el resplandor de sus virtudes edificaron á la Iglesia, fuesen celebrados por esta, y se les tributase el culto que merecieron con su extraordinaria santidad. Sea la gloria á aquel Dios que sabe hacerse admirable en sus santos.